Dr. Juan Carlos Castiglioni Barriere

En el atardecer del 24 de marzo de 1995 falleció a los 58 años, con completa conciencia y aceptación de su mal, Juan Carlos Castiglioni Barriere.

Nacido en un hogar científico y político, ingresó a la Facultad de Medicina en 1954, graduándose en 1963 con Medalla de Oro. Fue primero en el Concurso de Practicantes Internos de su generación donde se destacó como interno de la Clínica del Prof. Pedro Larghero quien lo distinguió con su estima y reconocimiento. Fue Grado II y III del Prof. Walter Suiffet a quien acompañó en toda su carrera docente.

En 1967 ingresó, por concurso de oposición, como Alferez Médico al Hospital Militar, donde cumplió toda su actividad hasta su retiro en octubre de 1994 como Teniente Coronel Jefe del Servicio de Cirugía General.

Desde el punto de vista gremial, fue activo hasta su muerte en la conducción compartida del C.A.S.M.U., en la Presidencia de la Sociedad de Cirugía y del 43º Congreso de Cirugía del Uruguay. Su discurso inaugural del mismo, conserva total vigencia y lo debemos citar para explicitar sus pensamientos.

En él reconoció públicamente que varias personalidades influyeron de manera importante en su vida. La primera, la del Prof. Larghero, «visionario, pionero, de personalidad fuera de serie», de quien, entre otras cosas nos solía recordar con su actuación y su palabra, los dichos de su maestro: —el enfermo siempre tiene razón, —siempre hay algo más que hacer por nuestros pacientes, lo último, acompañarlos en sus sufrimientos finales y su bien morir, —la medicina y especialmente la cirugía se hace y aprende con las piernas, caminando y no sentado cómodamente.

La segunda la del Prof. Suiffet, «técnico impecable y refinado, erudito de la cirugía nacional».

La tercera la del Prof. Jorge Pradines, «docente nato… cirujano ideal para las situaciones difíciles, a veces imposibles»… en quien reconocía el carácter paternal y humanístico.

La cuarta la de Cazaban, su amigo–maestro, «todo fuerza y pujanza, cirujano de urgencia por excelencia y polo de atracción natural… ».

En el ámbito coloquial gustaba recordar la influencia del «orden y prolijidad germánica» de Venturino, la

«extroversión y alegría de vivir» de Ríos Bruno o «la capacidad de trabajo y el culto de la amistad» que practica Celso Silva. Quienes tuvimos la dicha de convivir largos años, más de 35, experiencias buenas y malas, reconocemos que Castiglioni amalgamó perfectamente todas esas influencias.

Casi 8.500 pacientes operados por él, entre ellos 600 bocios y más de 2.500 vías biliares, registrados en todos sus detalles, hasta la última operación del 8 de febrero, le permitían opinar con propiedad basado en su propia experiencia. Vivió su vida en el quirófano y la muerte lo encontró en una mesa de operaciones.

Lector empedernido, fue un erudito en todo. No sólo en cirugía sino en otras actividades que estudió y profundizó de manera poco creíble. Sabía por ejemplo, como el más experto todo de fútbol, ajedrez, la NBA americana o como consecuencia de sus viajes, de la arquitectura de la Plaza Roja de Moscú o la cocina de Cantón. Por su amenidad de conversación fue atracción de los cirujanos jóvenes y viejos.

Su orden y metodología de trabajo eran proverbiales. Prueba de ello fue la organización del 43º Congreso, la reorganización del Servicio de Cirugía del Hospital Militar y más aún, con sorpresa para todos sus allegados, como había ordenado los pasos que se debían seguir luego de su muerte.

Fue un docente. No de actividad curricular académica a la que abandonó en 1973, enfrentado a la coyuntura que nos tocó vivir de pertenecer al Servicio de las FFAA y no querer usufructuar en concursos, de esa posición, concursos que de cualquier manera hubiera obtenido por sus méritos y condiciones científicas.

Fue docente en sala de operaciones. Nos enseñó a muchos a operar con practicidad y excelencia táctica y técnica. Fue docente en la sala de internación: era a quien podíamos recurrir en enfermos complicados como consultante o para intervenir un familiar. Nos enseñó a pensar con la amplitud del espíritu científico y traducir ese pensamiento en trabajos bien escritos y serios, éticos, nunca anecdóticos.

Fue docente en su manera de encarar la vida y la muerte. Se diagnosticó su cáncer de pulmón. Reconocía, medio en serio y medio en broma, que tenía algunas cosas en contra para permitirle una sobrevida prolongada: un cáncer de pulmón, que había fumado con los dos pulmones y le quedaba uno sólo y que era médico. Nosotros agregábamos, como el factor más importante, que era una persona muy buena. Era conocida su posición nihilística frente a los enfermos con cáncer avanzado: «a la casa, con pantuflas peludas, estufa y telenovelas». Su situación final, por lo bien que físicamente se hallaba o la venida inminente de Juan Pedro, su primer nieto, cambió. Pensaba en el retiro jubilatorio: sentado en una plaza alimentando con migas de pan a las palomas que el pondría nombre y apellido.

Agnóstico total, racional por convicción; «No miro nada de Bergman, no leo nada de Cortázar, no voy a ver jugar a Carrasco. A ninguno de los tres los entiendo y me parece que me toman el pelo».

Vivió éticamente de manera intachable su vida, como lo reconocieron personas que primariamente lo atacaron en 1985 por su condición de médico militar y terminaron reclamándolo por sus cualidades excepcionales.

Cultivó el diálogo y pretendió en todo momento inculcarnos la diplomacia y la amistad o, como él decía, las relaciones humanas.

Formó un hogar ejemplar al cual en el discurso del 43º Congreso homenajeó formalmente: « ..Las esposas de los cirujanos, dotadas de una especial paciencia que les ha permitido soportar nuestras guardias y nuestros concursos, nuestras tesis de doctorado y nuestros horarios imprevisibles... y las angustias generadas por los posoperatorios complicados. Merecen nuestro agradecimiento. También nuestros hijos, que han sufrido desde su nacimiento las características especiales de nuestro trabajo...».

Creía que los congresos son «...una oportunidad de reafirmar valores básicos de la cirugía uruguaya como son la permanente defensa de la seriedad científica, la obsesión por los aspectos éticos de la profesión y la disposición para una enseñanza irrestricta y solidaria a quienes se inician en su conocimiento...».

Y con respecto a la Sociedad de Cirugía «...tenemos que convencernos de que debemos estar presente en todo lo que se refiere a la cirugía...»

Por sobre todo Caco fue un amigo fraternal a quien pudimos siempre recurrir en momentos de quebranto emocional o físico, en busca de apoyo o consejo, porque aun en sus últimos momentos estuvo pensando por sus amigos, sus problemas asistenciales, sus carreras docentes o su vida personal.

A un mes de desaparecido nos parece mentira estar escribiendo este obituario, que comenzó objetivo pero que necesariamente se fue cargando de subjetividad, aumentada por este último año de padecimientos compartidos casi cotidianamente.

Es que nos parece que tiene que entrar por la misma puerta, con su impulso físico arrollador, su voz sonora, su tos improductiva y reiterada, fumando obsesivamente un cigarrillo negro. Ese maldito y fatal cigarro.

Dr. Luis E. Bergalli